

Óscar Colchado. *Sinfonía azul para tus labios*. Lima, Pakarina Ediciones, 2013, 63 páginas.

“Yo estoy aquí para contar la historia” escribió Neruda y declaró su tarea en el cosmos: cantar en tono épico los hechos que involucran a la humanidad. Por su parte, Javier Heraud afirmaba que la poesía es el nuevo canto de los pueblos liberados. Y es verdad, todo cabe en ella, desde la reflexión más íntima del cuerpo hasta el presente político de un pueblo. Quizá ambos pensamientos contienen la clave para comprender la propuesta estética de *Sinfonía azul para tus labios*, obra del premiado narrador Óscar Colchado Lucio. En ella hallamos tres secciones: “Aurora Tenaz” (1976), “Devolverte mi canción” (1989) y “Sinfonía azul para tus labios” (2005), que da título al libro. Además, cabe resaltar la dedicatoria que acompaña la primera sección, muestra clara de compromiso social, compatible no solo con una visión dialéctica acerca del acontecer nacional, sino también con el quehacer poético: “En nuestro país, Irene, las muchachas campesinas / no saben de fiesta de Quince Años. Esa celebración / corresponde solo a la burguesía y a quienes / siendo del pueblo tontamente la imitan”.

El universo poético de *Sinfonía azul para tus labios* está constituido por un hablante lírico que manifiesta experiencias amorosas propias. En la primera sección, “Aurora Tenaz”, los poemas de corte amoroso sugieren la presencia femenina, fundamentalmente redentora, en permanente contraste con la desesperanza que rodea al hablante: “yo amaba tus rodillas pálidas / de sencilla y noble colegiala / en ese barrio polvoriento / de callecitas tristes / como tu olvido”, “las palomas han muerto / a mitad de su vuelo. / Y nadie sabe si esta / la que hoy te envió / logrará alcanzar

el alba / y tocar tu puerta”, “por las lágrimas endurecidas / en el arrebol de tus mejillas, / por tu voz quebrada / en el trino del viento, / por tu esperanza derramada / sobre mi pecho entristecido, / amada mía, / mi corazón te llora”. El mar, la lluvia, la isla, la aurora, la urbe costera confluyen en la mirada sensual del hablante: “tú en cuya voz / las rosas / se perfuman, / dile a la lluvia, compañera, / que en su llanto / me traiga tu presencia / y en su música, el rumor de mis besos / en las virginales / islas / de tu pecho”, “¡oh! los días frescos y aún no develados / donde al fin podré encontrar / tus playas de amor / desconocidas”, “solo besos y caricias le he dado. / No se puede más. Porque entonces / ella es una isla / y yo / una ola / estrellándose”. A pesar de la entrega honesta y apasionada que el hablante lírico exterioriza, el amor no se consume del todo, no llega a ser; y prevalece el recuerdo atormentado que se mezcla con la angustia juvenil. En los poemas “Debí amarte, muchacha”, “Te estaré esperando”, “Si desaparezco”, entre otros, percibimos un hablante lírico resignado al rechazo, que más bien edifica su esperanza sobre la base del recuerdo compartido; de este modo, confía en la memoria del ser amado para eternizar, a su vez, sus propias evocaciones. En cada poema, desde un presente, descuella el recuerdo nostálgico; por ello, las figuras del crepúsculo y la aurora se enfrentan en una gresca discreta, adormecida por el olvido: “¿dónde y cómo hallarte / ahora que la urbe me filtra su nostalgia / y me colma hasta dolerme su gigante soledad?”. En “Un día, Irene”, poema final de la primera sección, el amor se materializa gracias a la complicidad femenina. La compañera no es más un lamento lejano, tampoco es una abstracción, es ahora una promesa de cambio. El hablante le manifiesta a Irene su propuesta reivindicativa; desde un presente empobrecido, le urge al sujeto evocador una patria distinta, libre y justa. Surge entonces la representación de una voz colectiva que reclama con encono la tierra que le pertenece: “Pero hoy que la cólera nos convoca / y nuestros ojos son charcos / donde se empozan las cenizas de lo abyecto, / siempre nuestros besos sabrán amargos / y la tristeza no dejará de empañar nuestras miradas”. El hablante lírico invita a la insurrección, porque solo la reconquista de un orden negado le dará sentido a lo más simple de la vida. Se hace necesario un espíritu crítico, pero sin dramatismos ni desbordes: “mañana, / luego que hayamos recuperado

el pan, el trigo, la semilla, / sonrientes curaremos las heridas / y el beso y el amor y hasta las querellas nuestras / tendrán la dimensión apetecida”.

En “Devolverte mi canción”, segunda sección del poemario, la degradación del puerto y la atmósfera triste son el reflejo de la resignación del hablante lírico, y es que el puerto pesquero de Chimbote no es más el de mayor producción en el mundo: “ah edad madura sin frutos sobre el viento / yo tengo la calma de la tempestad en ciernes / y sé del rocío y tu larga cabellera / sé también de aquel río de luceros / que no es ningún puerto y acaso existe”. La voz que predomina en los versos puede llegar a ser cruda o melancólica, pero siempre íntima. De esta forma, el hablante nos permite conocer sus vínculos afectivos con el puerto: “yo que de niño aprendí en el puente Gálvez / que por un pliego de reclamos también se muere”. Imposible no apreciar en estos versos, apenas una lejana reminiscencia de “Puerto Supe” del poemario *Ese puerto existe*, de Blanca Varela. En “No es ningún río de luceros”, “Vuelvo hacia ti” y “Te recuerdo María”, la naturaleza rompe su inocencia y la urbe es ahora el espejo de retardos y revelaciones, el entorno se ve alterado por las luces de neón, por la necesidad de una gaseosa helada, y por la ilusión rota de una secretaria acosada. Estas experiencias describen la relación conflictiva entre los hombres de mar y la penetración de la modernidad capitalista. Al respecto, quizá no sea descabellado plantear alguna tenue influencia del movimiento vanguardista Hora Zero en la poesía de Colchado, ya que describir las circunstancias presentes sin contemplaciones ha sido una tendencia constante en la estética de dicho grupo. En esta segunda sección, el hablante lírico también se erige como el sujeto idóneo para contar la otra historia, esa que le pertenece al pescador, al campesino, al maestro como actores del devenir histórico. En los poemas “Hay en tu vientre Carmen”, “Esta tarde muchacha” y “La chica del barrio Miramar”, las figuras femeninas representan una fuerza liberadora clara, comparten con el hablante la protesta social, salen a las calles, marchan, gritan, y también son abatidas en sangrienta represión. Ellas y el escenario de la huelga aluden a la histórica lucha del año 1973 en Chimbote, en donde la clase obrera y el pueblo lucharon contra la Junta Militar de Gobierno del general Juan Velasco Alvarado. Es así como dialogan poesía y memoria, mientras se configura un espacio legítimo para la voz colectiva.

Por la eufonía propuesta, “Sinfonía azul para tus labios” representa un conjunto armónico, una suerte de obra escrita para ser cantada. El hablante lírico le canta a la gaviota morena y dulce, que no es otra que la compañera muerta en la lucha: “sentada al borde de increíbles rascacielos / subiendo o bajando gradas con tu bolso inseparable / recordarás las marchas por las calles desoladas”. Mientras el hablante lírico busca a su compañera, percibimos la funesta historia. Se trata de un triste recuento de sucesos íntimos ligados al espantoso final de la muerte: “asómate a mis ansias un instante / ilumíname con tu sombra de luz a la deriva / vuelve a amar mis lentes mis poemas y mis recortes de periódico / y no mires cuando caes / entre bombas / balas / y humo”. El deseo de eternizar la imagen de la amada se vincula de manera estrecha con las características sonoras de los retazos de melodía que asoman cuando la memoria recurre al pasado: “alelé / te busqué / alelé / te encontré / alelé / alelé / ¡ALELÉ!”.

La ternura, la nostalgia, la memoria, la eufonía y la historia de *Sinfonía azul para tus labios* tienen como trasfondo la gran problemática de una bahía destruida; en tal sentido, podríamos afirmar que la poesía de Colchado desafía al tiempo. Es decir, enuncia e intercambia imágenes intensas del pasado, cual inventario de sueños azules que espera ser cumplido. (Clarivel Valverde Cárdenas)